



NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS

LO DE MELILLA

Parece que se acaba, sin obtener las reparaciones de honra ni de sacrificios que hemos hecho; que el fuerte, causa del conflicto, se va á emplazar en otro punto (porque ahora hemos descubierto que aquel en que iba á construirse reúne malas condiciones estratégicas) ó á hacer un fuerte en miniatura; que los moros quedarán sin quebranto en su fuerza moral y material, y que los 25.000 hombres reunidos en Africa serán poco á poco embarcados para España, dejando en pie las causas originarias del conflicto.

No somos partidarios de la guerra cuando puede honrosamente evitarse, pero llegando las cosas al punto que han llegado, creemos que la dignidad de España hoy, y su seguridad mañana, exigen resoluciones más enérgicas.

¿No se hace así, y nos conformamos con lo que se pretende? Pues á olvidar cuanto hemos dicho y á borrar cuanto se ha escrito; á abrir una suscripción nacional para elevar una estatua á Lopez Dominguez y á Moret, que, por lo que ahora resulta, fueron los únicos que vieron claro, y á declarar... (aunque no; de esto ya se encargarán todas las naciones) que estamos ya tan rebajados, que ni nos quedan siquiera alientos para vengar las ofensas que se nos infieren.

Y después de esto, á esperar tranquilamente entre fiestas de toros, de pelotas y de Iglesia á que Portugal nos invada y nos conquiste, si antes no se digna hacerlo la república de Andorra.

Dediquémonos á ganar el cielo, que es lo que hoy priva en la España de Mendizabal, y la tierra que se la reparta quien quiera; nuestro reino no es de este mundo.

Oremus...

SUCESO TRISTE

Pocos actos han causado en España sensación tan profunda como el fusilamiento del penado Antonio Farreu Riera, en Melilla.

Sin juzgar el fallo, séanos permitido lamentar que el general Martínez Campos haya preferido en esta ocasión ser justo á ser clemente.

Lo que hizo Farreu fue brutal, pero fuerza es reconocer que habría que borrar casi todas las páginas más gloriosas de la historia patria, si á cada acto de esa índole hubiera seguido un fusilamiento.

La ley militar tiene exigencias terribles, pero ¿no pudieran en este caso haberse aminorado con el indulto, en gracia á las circunstancias y á la intención del reo?

Se trataba de un desgraciado sin instruc-

ción alguna, que salió del presidio para prestar un servicio que las autoridades militares tuvieron á bien encomendarle. El no sabía más sino que los moros martirizaban, y degollaban, y descuartizaban á los españoles que caían en sus manos, que le habían dado un fusil para matar moros, y que en toda hora, y en toda ocasión, y por todos los medios debía procurar su exterminio.

Al aceptar aquella misión hipotecó lo único que poseía: la vida, que es amable á los treinta y tantos años, aun estando en un presidio; y como lo daba todo, creyó que debía cobrar algo en los moros que se pusieran al alcance de su fusil ó de su mano.

Después de muchas noches en vela, calado hasta los huesos, con la muerte alrededor, batiéndose, llevando pan y agua á los fuertes donde estaban los soldados españoles, expuesto á cada instante á ser cazado, exaltada su ferocidad de bestia humana ante las mutilaciones hechas por los rifeños en los cadáveres de la acción del 2 de Octubre, viéndose alabar por bravo, soñando con años de rebaja en su condena, tantos más cuanto más moros mataba, Farreu vió un moro, y, dominándose tal vez, le cortó las orejas.

El creyó sin duda que aquello le sería contado como un mérito, porque si no, más sencillo le hubiera sido matarle; pero se contentó con hacerle sufrir aquella mutilación bárbara, propia de rifeños, no menos propia de presidiarios, y hasta propia de todas las guerras en que cualquier fanatismo domina.

Si aquel moro era un confidente de la plaza, si el penado lo conocía ó no, si sació una venganza, todas estas razones pudo tener y las tendría en cuenta el Consejo para condenarle á muerte; pero el general Martínez Campos debió tener en cuenta para indultarle, que en el fondo de todo aquello latía un sentimiento patriótico; que Farreu no pensó en impedir al moro que llevara confidencias á la plaza, cuando no lo mató; que un presidiario no es, como ha dicho gráficamente un colega, un caballero de la Tabla Redonda; que su venganza, si la sació, fué lo más moderadamente posible, dados los antecedentes de los protagonistas.

En otra cosa pudo también fundarse para conceder el indulto; en que el instinto de libertad es aun más poderoso en el hombre que el de la vida, y que Farreu, que podía haberlo satisfecho por entero pasándose al enemigo, prefirió batirse por España.

Yo quiero creer que el general Martínez Campos ha obrado á impulsos de altos móviles, que ha tratado de quitarle á la guerra el carácter de ferocidad que hubiera adquirido si nuestros soldados dan en imitar á los rifeños; pero creo á la vez que si vuelve de Africa sin haber derramado más sangre que la de ese

penado, no quedará, no, muy satisfecho de sí mismo. Haber ido á vengar la ofensa inferida á nuestra bandera y el asesinato de nuestros hermanos, y regresar sin combatir y sin haber perdonado á un hombre feroz, criminal, pero que allá en los oscuros rincones de su cerebro creía que le estaba permitido vengar por todos los medios aquella ofensa y aquella sangre, ni es lo que él pensó al ir á Africa, ni lo que la opinión esperó de su ida.

Y esa opinión podrá equivocarse en este asunto; pero como es la misma que pidió y aplaudió su nombramiento, debe dispensársele que manifieste cuánto le hubiera agradecido que se mostrase menos severo con un hombre falto de instrucción, enardecido por la pelea, y que al morir quizá dirigiese la última mirada de sus ojos ya turbios al sitio donde debía ondear la bandera española en el campo enemigo, y quizá dedicara su último pensamiento á lamentar que un error le impidiese contribuir á fijarla.

Ha sido un suceso bien triste este del fusilamiento, para todos, hasta para el que ha creído que no debía evitarlo; y mientras menos se haga en Melilla, más de relieve se pondrá.

Y VAMOS CON LO MISMO

Todos los días quejas; á cada hora execraciones; amenazas á cada minuto.

No se habla con ningún republicano, aun de los que están cerca de los jefes, que no lamenten la marcha suicida que el partido sigue; todos estamos conformes en que hay que hacer algo; que llevar hierro á la sangre empobrecida de nuestros organismos; que tener un arranque digno de nosotros.

Y, sin embargo, el tiempo pasa, los males aumentan, y nadie se atreve á intentar lo que es preciso para no acabar deshonorados como partido y despreciados como hombres.

Esa unión republicana, la mentira mayor que se ha lanzado al pueblo desde la restauración, sólo sirve para ahondar las diferencias y hacer infranqueables los abismos.

Público es ya que no se reúnen sus individuos una vez, sin que presencien pugilatos de odio reconcentrado, tenaz, irreductible entre los señores Salmerón y Pi. Está cada uno descando que el otro hable, para ser de la opinión contraria. Y se separan saturados de animadversión, ciegos de cólera, odiándose más; esto sin perjuicio de ponerse á cantar á los cinco minutos las excelencias de esa unión y la necesidad de conservarla: aunque no; en esto soy injusto: el Sr. Pi tiene la relativa franqueza de declarar que si no se hace lo que él desea, la unión para nada servirá. ¡Y sin embargo, no se atreve á romperla!

Y lo que ocurre entre los miembros del Di-

rectorio (ó como se llame ese organismo superior de la unión republicana), ocurre donde quiera que cuatro republicanos se reúnen. Con motivo de las elecciones ha habido últimamente cada disgusto, cada disidencia, que hemos merecido la derrota que nos han hecho sufrir los monárquicos. Y es que no luchamos ya por ideales, luchamos por apetitos; es que no vamos al Congreso á pelear, sino á conservar influencia ó á adquirirla; ni á los municipios á hacer reformas y velar por la moralidad, sino á exhibirnos como políticos, á disfrutar de ciertas preeminencias. Escuelas de caciquismo: esto son hoy los municipios para los republicanos.

¿Se me habla de excepciones? Ellas confirman la regla. Las poblaciones que tengan republicanos en su municipio, pueden decir qué iniciativas provechosas, qué reformas se les deben.

¿Y por qué ocurre todo esto? Porque se ha empequeñecido el ánimo de todos con la conducta de los jefes; con su resignación ante los males que la monarquía nos ha hecho sufrir; con sus controversias inútiles sobre cuestiones secundarias; con su empeño en sacar cada uno á flote sus teorías sin cuidarse de si podrán ó no llevarse á la práctica el día del triunfo; por su afán de sostener cada uno su pequeña corte, su pequeño ejército.

Todo esto ha llegado hasta nosotros, que á nuestra vez, y dentro de nuestra esfera de acción, hemos procurado imitarlos; así, cada organismo republicano tiene hoy sus caciquillos que vinculan en sus personas el presente y el porvenir del partido.

Si al partido se le hubiese llevado por otros derroteros, apartándolo de las luchas que enervan; si se hubiera contado con el pueblo para los movimientos de fuerza que se han fiado exclusivamente á los militares; si no hubiera habido demasiada prudencia en el señor Zorrilla para entrar en España á compartir la suerte de aquellos á quienes había comprometido; demasiada previsión en el Sr. Pi para impulsar á los suyos al combate, como lo deseaban; demasiada ligereza en el Sr. Salmerón al condenar los movimientos después de los fracasos; y en cambio hubieran visto los republicanos más respeto entre ellos, más patriotismo, más amor á la República, y menos cariño á su opinión particular, menos exclusivismo y menos endiosamiento, otra sería hoy la situación del partido y la de España tal vez.

Y si hubieran visto, en fin, no apóstoles de una idea ya bastante predicada, sino capitanes de un ejército ansioso de lucha; hombres viriles en lugar de oradores eximios; dispuestos á perderlo todo por rescatar valerosamente lo que con tanta cobardía se dejaron arrebatar la noche del 3 de Enero los unos, y el otro demostrando que tenía derecho á mandar á la muerte á los suyos porque él la arrostraba también, no hubiéramos llegado á esta triste situación.

Si en vez de coaliciones basadas en principios, se hubieran pactado otras basadas en procedimientos; y en lugar de ir de población en población cada uno con su cuadrilla predicando las excelencias de la República (que tiene un 73 que hay que borrar con actos enérgicos) entre músicas, flores y arcos, celebrando banquetes, echando piropos á las señoras que asistían á los *meetings*, y agotando el repertorio cursi de frases que encajaban bien y producían efecto allá cuando la República era una virgen que no habían violado los Pis con sus ineptitudes, los Salmerones con sus torpezas y los Pavías con sus bayonetas; si en lugar de esto, repito, hubieran visto las masas actividad para organizar, táctica para presentar la batalla, decisión para acometer, bríos para resistir y calma para preparar una honrosa retirada en caso de derrota, con el fin de rehacerse y atacar de nuevo después, esos hombres serían hoy los ídolos del pueblo.

No han querido hacerlo, y quizás sea tarde cuando lo intenten, si es que alguna vez lo intentan, que lo dudo. La República vendrá, porque los monárquicos se encargarán de traerla cuando ya no puedan vivir con la institución que hoy los une; un general arriesgado en unión de un político ambicioso, bastarán para ello. Será una República mixtificada, insuficiente para salvar á España, sí; pero le darán un poco de barniz admitiendo á unos cuantos republicanos por el momento, sin perjuicio de irlos eliminando poco á poco.

¿Y qué harán entonces los jefes? ¿Sublevarse contra los poderes amovibles y responsables, ellos que no lo hicieron contra los irresponsables é inamovibles?

¡Hermoso porvenir han creado al partido republicano esos señores! No se puede pensar en esto sin sentirse indignado.

JOSÉ NAKENS.

LA CAUSA DEL MAL

Pues como iba diciendo, cada vez lo entiendo menos.

El 1.º del actual me puse á leer una carta de felicitación; estaba tan razonada, respondía tan perfectamente á lo que pienso y sostengo, que yo, que ando á caza de caracteres, continué la lectura con gran complacencia, pensando á la vez:

«He encontrado un republicano que dice lo que piensa sin ambages ni rodeos; que expone franca y valientemente su opinión; que no teme perder el favor de éste ó aquel jefe; que tiene el valor de sus convicciones; que es un hombre, en fin.»

Y proseguí la lectura con ahínco.

En la carta se me decía que todos los buenos republicanos de Madrid pensaban como yo; que Fulano (aquí un nombre) iba á empezar una campaña enérgica contra esos farsantes que, por ser filósofos ó engañar al partido, han creído que si mpre nos van á sacrificar á su conveniencia.

A continuación hablaba de que, tres días antes de convenir los jefes en ir á las elecciones, el gobierno le dió á... (otro nombre que callo por no creer en la certeza del hecho y por respeto á la persona á quien se alude); le dió un expediente que le valdrá millón y medio; y preguntaba:

¿Cómo han de querer que venga la República unos hombres que no quieren más que ser presidentes, y todos ellos saben que el pretenderlo les costará la vida, y que, aunque lo consiguieran, no serían más ricos ni más felices que lo son hoy?

No es posible; no son republicanos; y como Salmerón nos dijo en el teatro del Príncipe Alfonso á tres mil republicanos que lo escuchábamos, que no podía llegar el partido republicano al poder porque no teníanamos hierro en el cerebro, ó, lo que es igual, porque somos unos animales, el hombre, convencido de esa verdad, para él, nos trata como lo hace.

Si no se hace lo que usted dice, de reunirnos el gran número de republicanos bajo la dirección de otro republicano que no sea de los fantoches, el partido ha concluido.

No quiero molestarle más, y concluyo diciendo lo que el mal necesita remedio y pronto.»

Después de este párrafo venía la firma.

Al verla, quedé estupefacto. El correligionario aquel que quería poner pronto remedio á tantos males, que me felicitaba porque yo decía la verdad, y me aseguraba que todos los buenos republicanos de Madrid pensaban como yo, el correligionario aquel no se atrevía á estampar su nombre y firmaba de este modo: Un suscriptor á su periódico.

Hice un gesto, no de desdén, sino de lástima, doblé la carta y pensé:

Si los de abajo no fueran cobardes ¿abusarían tanto los de arriba?

D. EMILIO PRIETO

Sigue en la cárcel, por no haber puesto ningún hombre de su partido ocho mil pesetas de fianza para que decreten su libertad.

Queremos creer todavía que el Sr. Zorrilla no se ha enterado de lo que ocurre á su ex-secretario, cuando no ha ordenado, como para asuntos de diversa índole lo ha hecho otras veces, que se reúna en el acto esa mezquina cantidad á fin de que sea puesto en libertad el Sr. Prieto, no ya sólo por deber y gratitud, sino para que pueda proseguir con desembarazo la campaña revolucionaria en su periódico *El Ideal*.

Y en esta creencia, con esta fecha le mandamos bajo sobre este número y el anterior. Y, ó mucho nos equivocamos, ó por telégrafo ordenará á cualquiera de sus prohombres que depositen esa cantidad, cargándosela á él en cuenta.

Nuestra felicitación anticipada por tan noble resolución.

IGUALDAD ANTE LA MUERTE

I

Fallece un opulento millonario que ha testado unos duros para el clero, y acuden por docenas los sotanas cual si quisieran devorar el fétetro. Estandartes y mangas parroquiales, cruces en profusión, cirios tremendos, capas pluviales, porque en tales días lucen los curas sus mejores ternos. Hasta el monago alterna en estos casos luciendo su semblante granujiento, el hisopo blandiendo con orgullo como un emperador empuña el cetro. En otra mano, de agua consagrada lleva un descomunal ancho caldero, (que podría emplear el pobre chico en lavarse la cara por lo menos). ¡Vengan latines, preces y responsos! ¡Vayan plegarias, súplicas y rezos! ¡Lo que chilla la gente de hopalandas cuando ve en perspectiva algún dinerito!

II

En pobre alcoba, solitario y triste, perece un desvalido jornalero. Gracias si algún vecino compasivo se encarga de avistarse con el clérigo, y tras mucho rogar, la papeleta logra al fin alcanzar para el entierro; (que casi nunca nuestros buenos curas suelen estar propicios para eso;) y aquel pobre infeliz que ha fallecido sin pagar los canónicos derechos, sin preces, ni responsos, ni oraciones, va, por razón de higiene, al cementerio. No te mueras jamás, si te es posible; pero si es que no tienes más remedio, aunque sea robado, deja un duro para que tengas cante en el trayecto.

¡ALERTA!

El director de *La Justicia*, de Calatayud, don Dario Pérez, uno de los jóvenes más ilustrados y más dignos del partido republicano en España, se halla procesado por el juez de Tudela, don Martín Perillán, exjuez de Calatayud y que ha perseguido antes á *La Justicia*.

¿Por qué? Por suponerse que se ha tirado en la imprenta donde componen su periódico, y que no es suya, una hoja clandestina que ha circulado en Tudela; y ya lleva cinco meses el sumario, y á Dario se le hace ir y venir constantemente, sufriendo gastos, molestias y disgustos.

Basta conocer á Dario Pérez, y ese juez lo conoce, para saber que es incapaz de publicar hojas clandestinas, él, que es un caballero, y está acostumbrado á combatir cara á cara y frente á frente.

Pero prescindiendo de él, debemos los periodistas preocuparnos seriamente de este proceso, que envuelve una cuestión delicadísima para la prensa; pues si el procedimiento del juez de Tudela se sancionase, no iba á haber director de periódico, por más ageno que fuese



IGUALDAD ANTE LA MUERTE



á la imprenta en que el suyo se tirara, que no tuviera su libertad en peligro. Bastaría que un juez, de cualquier punto de España, supusiese que el dueño de la imprenta había cometido un delito, para que lo procesasen.

Esto sería anómalo, se prestaría á abusos in calificables, y quien sabe si á algo más; y por lo tanto, rogamos al ministro de Gracia y Justicia que se fije en este proceso para que no resulte ilusoria la libertad de imprenta, haciendo responsables á los periodistas de faltas que, de existir, no les alcanzan en poco ni en mucho.

Insistiremos sobre esto si fuere necesario.

LA INFLEXIBLE VARA

—Una joven pregunta por usted.

—Que pase.

Con la blancura mate de su divino rostro, resaltando de los dorados cabellos, creí, al mirarme la gentil niña, que yo veía un trozo de firmamento en una copa de champagne.

Temblaba la pobrecilla; tenía miedo ó frío, y la cogí de una mano, la hice sentar al lado de la chimenea, y le dije:

—Está usted en su casa, y yo dispuesto á servirla.

Empezó á llorar, y sé que las penas que se asoman á los ojos, concluyen por escaparse de la boca; y sé, además, que las penas que no dan lágrimas son las que no admiten consuelo.

Y llorando me dijo que la pesaba de su atrevimiento porque había hecho mal en venir á molestarme, pero que estaba loca y que yo la perdonaría, porque ella no tenía más amparo que su padre y su honradez, y...

—¡Es horroroso que yo no pueda gozar á un tiempo de mi honradez y de mi padre!

Y me contó que tenía la culpa el señor juez de instrucción D. Valentín del Pico.

—Es un canalla. Cuando ya se convenció de que yo no le haría caso por las buenas, fué y procesó á mi padre.

—¡Qué infame!

—Sí, señor, porque mi padre es D. Pedro Campos.

—¿Ese grabador tan notable?

—El mismo. Y, ¿qué hizo el D. Valentín? Pues verá usted lo que hizo. Vinieron á encargarle á mi padre un prospecto para una tienda que no existe, pero esto no lo supimos entonces: Y el prospecto llevaba por un lado una estampa como si fuese un billete de cincuenta pesetas, y por el otro lado el anuncio. ¡Será canalla ese hombre! Y nada más; que cuando mi padre tenía grabado el billete, registraron la casa, y se lo llevaron á la cárcel á mi pobrecito padre por falsificador. ¡Mire usted que por falsificador!

—Pero eso es una infamia.

—Y tanto! Pues bien, me ha dicho ese sinvergüenza que si le complazco tomará una declaración y todo quedará en nada, y pondrá en libertad á mi padre, y se sobreseerá en la causa; y que si no, pues, tomará otra declaración á otro, y el sumario durará mucho tiempo, porque enviará exhortos á la Habana y á Filipinas, y mi padre saldrá mal del juicio. ¡Mire usted que salir mal! ¡Como si los jurados no tuvieran vergüenza y talento!

—Pero, hija, eso que usted cuenta es lo más asqueroso que he conocido.

—Pero es el Evangelio.

—Y si el ministro tuviese conocimiento de esa infamia, ya pondría al juez á buen recaudo.

—Ya hemos hablado de eso una vecina y yo, y me ha dicho: «Ni el D. Valentín probará que tu padre es falsificador, ó si lo probará; pero vamos al caso, que tú no puedes probarle al ministro lo que es D. Valentín, y por tu palabra no te había de creer como no fueses una señorona; porque palabra de noble, oro, plata ó cobre; y palabra de mesnada, ni pedida ni escuchada.

—En parte tiene razón la vecina.

—Y por eso he venido á buscarle á usted.

—Pues aquí estoy para servirla.

—Usted verá lo que se me ha ocurrido, y si es una tontería, no me haga usted caso.

—Diga usted.

—Yo sé por muchas gentes que usted pone las balas donde quiere.

—Con la mano.

—Y que con el sable se atreve usted con diez hombres.

—Quite usted el uno.

—Así me lo han dicho.

—Pues convengamos en ello, y siga usted.

—Y como yo ando pensando diabluras y sé que es usted muy bueno, me dije: «pues si ese señor quiere, le desafia á D. Valentín; y si acepta, le mata; y si tiene miedo, que si lo tendrá, pues le pone la condición de que suelte á mi padre.»

Me quedé asombrado cuando ví á la chiquilla decirme esto con la mayor llaneza; y como viese que esperaba con ansiedad mi respuesta, le cogí las manos, y afablemente le contesté:

—Efectivamente, creo que discurre usted con el diablo, porque usted comprenderá que los hombres de honor no se baten con los canallas, y aunque yo hiciese tal sacrificio por usted, ocurriría que si D. Valentín aceptaba el desafío, sería yo un asesino, porque lo mataría seguramente, y si no aceptaba, me procesaría por provocación á duelo, y en ambos casos saldría yo muy mal parado.

—Es verdad, y usted perdone.

—A usted la perdona desde luego su intención, y vamos á buscar otro medio.

—Sí señor; yo haré lo que usted diga.

—Pues júreme usted por la libertad de su padre, decirme la verdad á todo lo que le pregunte.

—Se lo juro á usted por eso y por todo lo más sagrado que haya para mí en el mundo.

—Ya ve usted que soy un viejo, y puede usted hablarme como si hablase con su padre.

—Pues así lo haré.

—Ese D. Valentín ¿es antipático?

—Muchísimo; es un perdido. Siempre de juerga con las mujeres más asquerosas, y casi siempre borracho.

—¿Y es esa la inflexible vara, rígida y fuerte, destinada á discernir el derecho? ¡Lástima de honrada toga puesta sobre esos hombros!

—¡Ya lo creo!

—Y dígame usted. Si ese D. Valentín no fuese tan antipático, ¿qué haría usted?

La moza se puso en pie súbitamente, y me dijo con dureza:

—Caballero; yo me he criado sin madre y sin guía, y casi en medio del arroyo; no soy una niña inocente, pero he seguido, sigo y seguiré siempre el camino que siguen las mujeres honradas.

—Y usted logrará la recompensa. Deséñfese usted conmigo, y dispóngase usted á obedecerme, porque garantizo el éxito.

—¿De veras?

—De todas veras.

—¡Ojalá!

—Va usted á enviarle una carta á D. Valentín, citándole para una casa cuyas señas daré á usted, y le dice usted que lleve allí los documentos necesarios para que con ellos pueda una persona de su confianza de usted obtener que inmediatamente le entreguen el preso.

—Y ¿qué más?

—Después ya hablaremos.

Cuando me vi con los papeles, bajé á escape la escalera, monté en un coche, llegué á la cárcel, recogí el preso, y cuando me preguntaba por su hija, llegó esta jadeante, se abrazó á su padre, y riendo y llorando me estrechaba la mano significándome su gratitud.

—Y ¿qué ha pasado? le pregunté.

—Al principio tuve mucho miedo cuando vi que usted se marchaba.

—¿Y después?

—Después ocurrió lo que seguramente habrá usted previsto.

—¿El que?

Y respondió con aire picaresco.

—Pues nada; que se dobló la raza de esa justicia.

SILVERIO LANZA.

PR. NOSTICOS

«En la primera quincena, temperatura muy buena mucha luz y mucho sol, y una atmósfera serena en todo el cielo español.»

Y ocurre precisamente que Dios da diente con diente aquí en el hispano suelo, y hasta se nos hiela el pelo al ver helada una fuente.

Vicereza: «Temporales, grandes corrientes australes, ciclones á todo pasto; las empresas funerales no nos van á dar á basto.»

Y el sol brilla refulgente lanzando su luz ardiente á villas y poblachones, y al calor solar, la gente se pone á cascar piñones.

¡Por el óleo de la unción!

Noherlésón ó Noherlesón (no estoy muy fuerte en inglés) me da en la nariz que es usted un poco guasón,

y nos da usted un camelo de padre y muy señor mío: Yo en su *Boletín* confío, mas voy tomando recelo de su ciencia, amigo mío.

Si usted anuncia una tormenta impetuosa y violenta que ha de arrasar media Europa, nos aliviarnos de ropa yo, mi chico y mi parienta.

En cambio si hay profecía de usted, que anuncia buen día, como ya en eso estoy ducho, les digo, «¡Abrigarse mucho que Dios se va á helar María!»

Me consta perfectamente que de Paleencia la gente le ha subvencionado á usted con el objeto siguiente que con franqueza diré.

De sus profecías, cuantas anuncian[fríos] insanos, tomo por una de tantas.

¡Son para que sus paisanos puedan despachar las mantas!

COSCORRONES Y CRUCES

El emperador Guillermo de Alemania ha tenido á bien condecorar con la cruz de la corona de hierro á monseñor della Volpe, gran maestro de ceremonias del Vaticano.

Véase el mérito contraído por dicho prelado para tan importante distinción.

Hallábase el joven soberano en presencia del Papa, y como tiene un brazo más corto que el otro, dejó caer el casco que sostenía en la mano izquierda.

El oficiosísimo monseñor inclinóse para cojerlo, mientras el emperador hacía otro tanto.

Y aquí te quiero ver: una testa coronada imperialmente, con otra coronada también por la circunferencia litúrgica.

Ambas se encuentran, chocan, y la cabeza teutona aplica á la romana un coscorrón más que mediano, que ratificó la investidura cardenalicia del respetable maestro de ceremonias, que no se anduvo con muchas, por cierto, para rascarse la parte dolorida.

El emperador, lamentando la ocurrencia, se ha acordado ahora de resarcir á monseñor del golpe, enviándole la condecoración susodicha.

Lo que dirá el monsignori: *Non cruce sinon árnica, nello suo tempo.*

El hereje *The Globe*, con su escéptica filosofía inglesa, deduce del caso que los cráneos imperiales son más duros que los episcopales. Protesto de la afirmación de *The Globe*.

Cójase un obispo rollizo y bien nutrido, como los usamos en esta clásica tierra española, agárrese su voluminosa mollera, y ¡que traigan cabezas imperiales á ver si resisten el topetazo de un obispo español!

Si en vez de monseñor della Volpe se hubiera tratado de uno de nuestros prelados, no digo yo el emperador de Alemania, ni el de Marruecos es capaz de causarle la menor avería.

¿Qué cree *The Globe*? ¿Qué son de la misma madera los obispos italianos y los españoles?

De ningún modo: los nuestros tienen más resistencia craneana. Andarán tal vez los otros mejor de cabeza por dentro, pero ¡lo que es por fuera!...

Que se limpie *The Globe*.

ESCENAS DE FIN DE SIGLO

En la parroquia de Tomera, próxima á Pontevedra, y coronando una especie de montículo, existe una imagen de San Cipriano, á la que las gentes de la comarca atribuyen la prerrogativa de extraer los demonios de los cuerpos humanos y especialmente de los femeninos, á los cuales aquellos malditos tienen tanto apego como cualquier varón, clérigo ó seglar.

Por delegación, no sé si usurpada ó legítima del santo, actúa allí de *desfeticizador* ó *desdiablador* un *sacris*, que se da la gran maña para sacar los malos y los buenos (esto es, los diablos y los cuartos) á todo enfermo que se le presente.

¿Qué labia y qué destreza las suyas! Desde varias leguas en rededor acuden las gentes á verle refir sus encarnizadas peleas contra los espíritus infernales, y ¡caso raro! tan continuas y tremendas luchas ni le acobardan ni le debilitan. Al contrario, cada vez está más rollizo y coloradote, que da gloria verle, pese al infierno y todos sus arrabales.

Su sistema operatorio no puede ser más sencillo. Le presentan un endemoniado ó endemoniada, tira de no sé qué libraco que tiene para el caso, empuña un hisopo, y entre mil genuflexiones y latinajos inverosímiles, procede á expulsar los demonios del cuerpo al paciente ó la paciente (casi siempre una ella), que se retuerce por los dolores, que al parecer le causan los obstinados diablejos. Entre tanto la multitud espera ansiosa y conmovida el resultado de la operación, que es siempre favorable.

Cuando el *sacris* declara solemnemente que el último diablejo ha salido de la enferma y no le queda dentro ni el rabo, la muchedumbre celebra el triunfo del rapavelas y la derrota de Satán, empuñando botas, apurando jarros y engullendo rosas á más y mejor. Si algún vino les queda, lo derraman sobre el pedestal de la paciente imagen, ni más ni menos que como los paganos regaban con aromáticas esencias las aras de sus dioses.

Y después, calientes las cabezas y llenas de vapores y de entusiasmos piadosos, regresan á sus hogares, demostrando con sus cánticos alegres el júbilo que les produce la curación ó las curaciones obtenidas.

Si esto no lo hubiese leído en un periódico tan veraz como *El Diario de Pontevedra*, lo pondría en duda; tan increíble parece que en un país civilizado y en las postrimerias del siglo se verifiquen, y lo que es peor, se toleren tan salvajes escenas.

Actos de esa índole atraen la burla y el desprecio sobre las autoridades y las naciones

que los consienten, y son una prueba más de que la religión, sea cual fuere, tiende á mantener al hombre en el estado primitivo.

DISPAROS

Dispénsennos los señores D. J. Juárez, J. Marezque, Luis Quintana, C. Nogueira, R. Salgado Barreiro, E. Arthus, G. Clemencino, J. Regueiro, P. Lázara, J. Dieguez y A. Puente, individuos del grupo obrero de Santiago, que no publiquemos la felicitación que dirijen á EL MOTIN, por la campaña genuinamente revolucionaria que sostiene.

De publicar todas las que en ese sentido recibimos, habría que dedicar el periódico exclusivamente á ello; además, creemos que no merece elogios el cumplimiento de un deber.

Y si por excepción mencionamos entre las muchas felicitaciones que recibimos y agradecemos, ésta de los republicanos de Compostela, es por el valor que significa el hacer profesión de fe republicana en una población tan levítica y reaccionaria como aquella.

Dice un periódico, que á los conductores del harem asaltado por una partida de bandidos, les han sido cortadas las manos, en cumplimiento de órdenes del emperador.

No en balde se ha castigado con todo el rigor de la ley al presidiario que cortó las orejas á un moro espía por partida doble.

La ejemplaridad de la pena ha llegado hasta á modificar los procedimientos del sultán.

El gobierno envía á Melilla agentes de policía. Pues se acabó la guerra. Verán ustedes cómo en cuanto empiecen á prestar servicio, resulta que, no ya los criminales, ni los rifeños son habidos en parte alguna.

En Cádiz se armó un escándalo mayúsculo, por negarse la *Bella Chiquita*, en cumplimiento de una orden del gobernador, á bailar la danza del vientre, que el público le pedía con insistencia.

Cárguese en cuenta á los *Padres de familia* que han descubierto el incentivo de la referida danza.

Vuestro influjo es colosal,
Padres, que en el escenario
dais el triunfo á la moral,
y al escándalo diario.

El Siglo Futuro dice que por falta de generales no han fracasado las operaciones en Melilla.

Y contesta *La Correspondencia Militar*, que tampoco por falta de bendiciones, pues con los obispos que hay en España, se puede llenar de ellas la sima de Igúzquiza.

No diré que no, aunque tengo para mí que las bendiciones ocupan poco espacio acá en la tierra, pero para llenar la sima de Igúzquiza, ya tienen además curas de Santa Cruz, que, bendiciendo con el trabuco, procuran repletarlas con cuerpos destrozados de liberales.

El rey de las húngaras ha declarado en una conversación sostenida con un periodista francés, que no ha pensado en abdicar sus derechos á la corona de España.

Hace bien en no tomarse esa molestia, que, por otra parte, sería una vil parodia de la resolución del personaje de una comedia de magia, que, «puesto que la bella Leonor le da calabazas, renuncia generosamente á su mano.»

Treinta y siete mil setecientas sesenta y una pesetas bajó, según dicen, la renta de consumos el pasado domingo.

Creo que con tal porfía
de dar de las bajas cuenta,
hacernos creer se intenta
en que hay renta todavía.

Defendiendo la vuelta de los jesuitas á Alemania, donde, como es sabido, no se les permite la entrada, tersó así su discurso Mr. Sigl, ardiente paladín de lojios de Loyola:

«Puesto que solo tememos á Dios, abramos la puerta á los jesuitas.»

El hombre conoce bien á sus defendidos, pues no puede decirse más claramente que son temibles como una plaga cuando así apela para que los aguanteal valor del pueblo alemán.

En Cádiz se ha pedido la incapacidad de diez concejales electos.

En cambio, en otras muchas capitales, Madrid inclusive, la incapacidad se les concede sin que nadie la pida.

El público en masa los califica de incapaces.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Compostela. Llegaron tres devotos muy sucios y famélicos y retos, que á troyanos y á tiros, es decir, á esta noble honrada gente, dijeron que traían por presente al santo apóstol tres enormes cirios. Y dijo una muchacha gallegota: ¿Si traerán esos cirios dinamita?

*Po'o siepo'o non jrdlgame os celos!
n'o altar de santo apostol non ponelos.
Y aquí se están los cirios entre tanto
sin que haya un sacristán que ose cojerlos,
por si ocurre tal vez que al encenderlos
vuela la catedral y vuela el santo.
Deducirás, lector, que aun al dar cera
so ha de dar de manera
que aparte las hipótesis ingrátas
de sacris, monaguillos y beatas.*

¡Imbéciles! ¡Animales! ¡Brutos! ¡Apóstatas de la fe! ¡Cafres!

Todos esos suaves calificativos y algunos más dirigió un misionero en Montejo de la Sierra á los médicos.

«Se tienen por sabios, añadió, y no entienden una palabra de medicina. ¡Y luego dicen que los curas predicamos el oscurantismo!»

Y por ese estilo y con tonos más enérgicos, continuó el padre de almas:

Deducción práctica: El enemigo del médico y el maestro, el cura; el enemigo del cura, el fraile.

Y ¡anden la fraternidad, el amor y el perdón de las ofensas!

Al entrar el obispo de Orihuela en la población de su residencia, los dependientes de consumos le registraron escrupulosamente, á él y á su coche, por si acaso llevaba matute.

Con este motivo los neos oriolenses están irritadísimos y yo también.

¿Quiénes son esos empleados para registrar por sí y ante sí á una persona que viste faldas?

Ha caído un rayo en Necedal, no en el jefe de los integristas, sino en el pueblo de dicho nombre.

La exhalación era como de encargo por lo tremenda. Destrozó la torre de la iglesia, penetró en el templo y rompió las manos á María Santísima.

Después pasó á la sacristía buscando al cura para darle una satisfacción, y no encontrándole, se entretuvo en causar destrozos por valor de tres mil pesetas.

Párroco de Necedal;
deja que, amigo leal,
tu justo dolor comparta,
ya que los templos no son
como nuestra redacción,
que no hay rayo que la parta.

El obispo de Puebla (Méjico) lo entiende:

Ha encargado á sus súbditos espirituales que sólo oigan confesiones de mujer á través de una fuerte rejilla provista de velo y en un confesonario construido de tal forma, que este el confesor totalmente independiente.

La cosa no tiene malicia que digamos. La hembra es débil, el cura rollizo... Y, por si acaso, *rejilla y paño por medio.*

Entre santa y santo
pared de cal y canto.

Las criadas de Pontevedra han dado una soberbia lección al clero de aquella capital.

Viendo la indiferencia de las autoridades eclesiásticas en cuanto á celebración de actos religiosos por los muertos en Melilla, se han asociado para costear una función con el objeto antedicho.

Lástima es que se gasten en eso el dinero; pero demuestran con ese acto que son más patriotas que el clero pontevedrés.

Y á propósito: ¿qué apostamos á que entre todas esas domésticas no hay ninguna ama de cura?

Y sin embargo, tan sirvientes son estas como aquellas. La cuestión está en servir para algo, para mucho ó para todo.

Ha fallecido el párroco de Aguilas;
sus amados colegas
con el fin de cantarle el gori-gori
el cadáver metieron en la iglesia.
Hubo muchos respuestas, *de profundis*,
la mar de funerarias peteneras.
Pero no hubo ni asomo de respeto
á las leyes higiénicas,
ni un alcalde que á toda aquella tropa
en la cárcel albergue fresco diera.

Parece que en Medina del Campo ha brotado un neo, y, sin embargo, admirador de EL MOTIN.

Compra todos los números de nuestro periódico que llegan á aquella localidad, y se dá el gustazo de quemarlos en el café.

Lo que dirá el hombre, ó lo que sea; ya que hoy por hoy no se puede quemar á los impíos, quememos sus periódicos.

Váyase por lo que ellos nos queman la figura sacando á colación nuestros desaguisados y nuestras hipocresías.

Respetable párroco de Villar del Ladrón: No todo el que lee EL MOTIN es ateo, impío, hereje, etc, como dices en tus sermones.

Tal vez conozcas á algún cura que lo lee asiduamente y á que no te atreverías á aplicarle esos calificativos? Hay mucha gente que gusta de prohibir á los demás lo que ellos hacen.

Lo que decía á un monago
un señor de solideo:
«No hagas nunca lo que hago
ni leas lo que yo leo.»

Imprenta, Plaza del Dosde Mayo, 4.